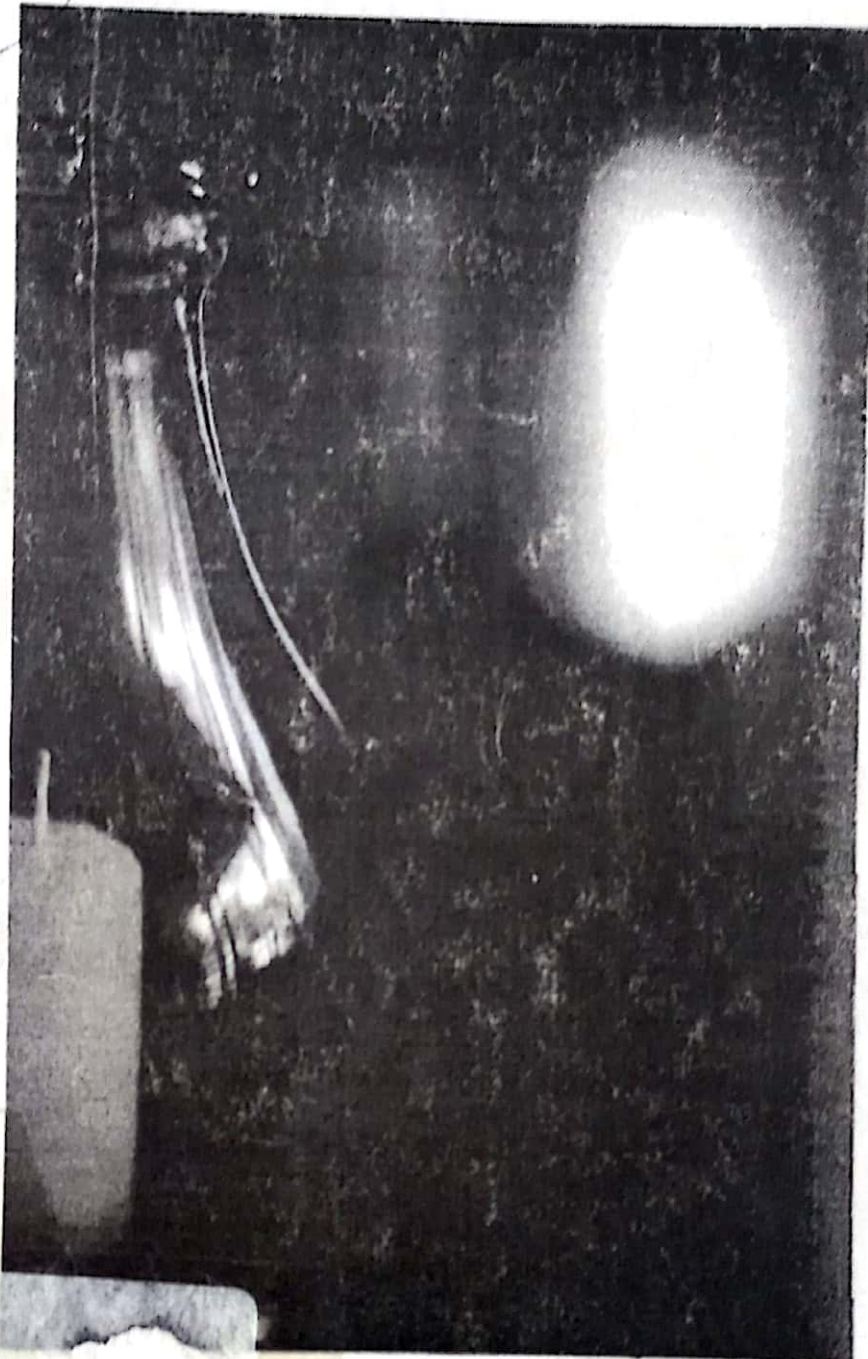


**MEMORIAS DE UNA ISLA
LITERATURA COZUMELEÑA**



**FUNDACION DE PARQUES Y MUSEOS DE COZUMEL
NAVE DE PAPEL**

04/NOV/98

04/NOV/98

Memorias de una isla

Literatura Cozumeleña

Fundación de Parques y Museos de Cozumel
Nave de Papel

Memorias de una Isla
Literatura Cozumelense

Nave de Papel

Coordinadores: Ramón Iván Suárez Caamal
María Eugenia Varela Carlos

Memorias de una Isla / Poesía Cozumelense

Diseño: Oma Ortega Lozada

Captura: Museo de la Isla de Cozumel

Ilustraciones: Élmer Cocom

Esta obra fue editada con el apoyo financiero de la
Fundación de Parques y Museos de Cozumel

Primera Edición 1998

Impreso en Bacalar, Quintana Roo, México.



Los bigotes de Holil

Alejandro Moreno Peña
Primer Lugar

LOS BIGOTES DE HOLIL

Alejandro Moreno Peña

Como todos los años, al llegar el mes de abril la maestra de la primaria organizaba una excursión con todos sus alumnos a la zona arqueológica de San Gervasio, que se encuentra en la parte Este de la isla de Cozumel en el estado de Quintana Roo, con anterioridad pedía a sus alumnos que avisaran a sus padres para que prepararan lo que habían de comer en el transcurso del día. Todos los niños se encontraban muy entusiasmados pues después de la visita, irían a la playa.

Llegaron todos muy temprano y después de pasar lista abordaron el autobús que la maestra había solicitado con anticipación y que era conducido por un chofer con unos bigotes muy grandes que peinaba mientras hablaba. Durante el camino los niños iban cantando y platicando qué llevaban para almorzar, pues como ya les había dicho su maestra todos compartirían su desayuno.

La profesora Azucena estaba muy contenta de ver el entusiasmo de sus alumnos, hasta que descubrió que Juan, uno de sus alumnos más inquietos, no estaba participando como sus compañeros. De inmediato fue a sentarse a su lado para preguntarle si se sentía mal.

-Me duele la panza maestra Azucena, es que me comí tres tamales para no pasar hambre en todo el día.

La maestra meneó la cabeza y le preguntó por qué no se lo había dicho antes de subir al camión para que lo regresara a su casa. Pero el niño le contestó que tenía muchas ganas de ir a la playa. Entonces la

maestra le pidió al chofer que siempre estaba peinando sus bigotes, que cuidara al niño mientras ella hacía el recorrido con los demás niños por el parador turístico de San Gervasio. El chofer contestó que no había nada que una buena siesta no pudiera arreglar y le indicó a Juan que se recostara en el asiento a un lado del suyo, y sacó de una bolsa dos almohadas muy esponjadas, le tendió una a Juan y acomodó otra detrás de la cabeza para luego seguir peinando sus bigotes con los ojos cerrados. Juan lo estuvo observando mientras él acariciaba sus labios pensando en que algún día tendría también bigote, lo que no sabía es qué le gustaría ser de grande, pues no se podía imaginar en qué trabajo luciría su bigote, en esto pensaba cuando se quedó dormido.

Cuando despertó el chofer ya no estaba, sintió un poco de miedo por estar solo en el camión pero se tranquilizó cuando lo vió platicando con otros choferes, agarró su desayuno y bajó a decirle que ya no se sentía enfermo y quería alcanzar a sus compañeros. El chofer lo acompañó y preguntó a los vigilantes de la entrada por el grupo de la primaria, le dijeron que los alumnos de la maestra Azucena se encontraban en el museo y que ahí podía alcanzarles.

Juan no esperó más, se soltó de la mano del chofer y entró al museo, lo recorrió enseguida pero no pudo encontrarles, al salir vió que sus compañeros caminaban hacia la zona arqueológica se dió prisa para alcanzarles, pero al llegar al punto donde los había visto ya no había nadie.

San Gervasio es la Zona arqueológica más grande de Cozumel, y no es que sean muy grandes las construcciones, sino que sus edificios están separados y comunicados por varias veredas. Juan se quedó parado viendo los diferentes caminos que pasaban

frente a él y no sabía cuál tomar, en ese momento vió a un niño que caminaba por una vereda muy florida, corrió tras él, pero por más que apuraba el paso no podía alcanzarle, caminó varias veredas hasta que lo perdió de vista, entonces se encontró en medio de unos árboles muy grandes, estaba confundido pues ya no sabía por donde había llegado a ese lugar, sintió mucho miedo pero se tranquilizó al pensar que al menos no pasaría hambre pues llevaba consigo dos tamales que le dió su madre. Entonces se sentó en la raíz de un árbol y puso su almuerzo a un lado, en ese momento nuevamente vió al niño que caminaba delante de él y se levantó para alcanzarle, comenzó a caminar pero de inmediato recordó que había olvidado su almuerzo en el árbol, se dió la vuelta repentinamente y cuál fue su sorpresa al mirar que el niño al que seguía estaba sentado en la misma raíz de donde se había levantado un momento antes y se encontraba desenvolviendo sus tamales, lo que le hizo sentirse muy enojado y caminó hacia él diciendo:

-Oye chavo devuélveme mis tamales.

El niño levantó la cabeza y Juan casi saltó de la sorpresa, pues el que pensó que era un niño tenía unos bigotes tan grandes como el chofer del autobús y del mismo modo los peinaba con las dos manos. Juan estaba atónito pues este niño usaba botas, alpargatas y a un lado de él se podía observar una pequeña escopeta justo a su tamaño, Juan estaba con la boca abierta mirando como de entre los árboles salía un perro muy pequeño que se fue a sentar a un lado de este extraño personaje. Luego de algunos instantes de un expectante silencio el niño bigotón comenzó a hablar, su voz era aguda y melodiosa.

-Este es Chac-pek mi mejor amigo, señalando a su perro, siempre me acompaña a todas partes, no

tienes nada de que temer es el perro más educado que conozco y es un excelente cazador, yo soy Holil y tampoco tienes por qué tener miedo de mí, pues como estos tamales huelen tan bien seguro que seremos amigos para toda la vida; Juan continuaba sin creer lo que tenía delante de sus ojos, pero Holil continuó hablando para tranquilizarle.

-No tienes de qué preocuparte pues si me das de tus tamales yo te diré un secreto para que nunca vuelvas a perderte en ninguna parte, así nunca hayas estado en ese lugar. Juan quería regresar con sus compañeros pero le intrigaba lo que acababa de escuchar, así que por fin se atrevió a hablar.

-Te regalo mis tamales, pero cómo puedo conocer un lugar al que nunca he ido. Holil sonrió y al hacerlo mostró sus delgados dientes y volvió a acariciar sus bigotes mientras decía:

-Eso es muy fácil, siéntate a mi lado, como hoy no tengo que ir de cacería te responderé cualquier pregunta que quieras hacerme. Entonces cortó una vara de una mata y dibujó una cruz en la tierra.

-Dios creó al hombre en forma de cruz, y con ésta regla construyó la tierra, el inframundo y también los cuatro cielos. La cruz está en todas partes y en todas las cosas, a ella está atado el destino de los hombres y también su conducta. Así también están ordenados los Nucuch-Chacob en lo alto del cielo, ellos son los cuatro grandes dioses que lo sostienen y se encuentran en cada uno de los puntos cardinales:

Chac-babatun-chac es el del oriente, su color es el rojo y su lugar es el Este, el punto por donde sale el sol, la luna y por donde también llegan las nubes y las lluvias. La época del año en la que rige es la primavera y su hora del día es el amanecer. También es conocido como Cangel es el más poderoso y

ordenado de los Chacob, pues siempre sopla con la misma intensidad, las personas a las que favorece son madrugadoras y muy trabajadoras, son alegres y muy cariñosas, aunque quizá sean un poco tímidas para algunas cosas.

Luego está Kan-babatun-chac es el viento del norte, su color es el amarillo y también es muy poderoso y destructor es el más violento de todos y su época del año es el invierno, su hora es el medio día cuando el sol se encuentra en todo lo alto, las personas a las que protege son gentes muy fuertes e impulsivas, por lo regular son deportistas y guerreros, por lo que casi siempre aprenden a base de golpes.

Le sigue el Ekba-babatun-chac, su lugar es el Oeste, el lugar por donde se pone el sol, su color es el negro, es ligero y fresco. La época del año en la que rige es el otoño y su hora del día es el atardecer. Las personas a las que protege son calladas y tranquilas, suelen siempre pensar antes de hacer las cosas, aunque quizá a veces lo piensan demasiado y no actúan.

Por último esta Zac-babatun-chac, su lugar es el sur y su color es el blanco, es un viento muy cambiante, a veces es fuerte pero luego se queda tranquilo. La época en la que rige es el verano, su hora del día es la media noche y las personas a las que protege son platicadoras y sociables, a veces se les ve muy tristes pero enseguida se contentan, por lo regular tienen mucha facilidad para la pintura, música y otras artes.

Muy bien Juan ahora ya sabes los nombres de los Dioses que gobiernan los vientos y las lluvias, a todos los hombres y animales les protege uno de ellos y su carácter es como el del viento que les cuida, tu debes pensar cuál viento es el que te favorece.

Juan estaba tan asombrado con lo que Holil le

acababa de contar, que ni siquiera se le ocurrió pensar como es que sabía su nombre, ya había perdido el miedo y tenía muchas preguntas por hacerle, pero solo pudo decir:

-¿En qué lugar estoy yo?

-Veo que me has puesto atención y me da mucho gusto, pero si piensas en lo que te he dicho tú sabrás en qué lugar te encuentras. Fíjate bien y piensa como es la gente que vive en la isla de Cozumel y en qué parte se encuentra.

De inmediato vinieron a su mente las palabras de la maestra Azucena que decía: "Cozumel es la isla de las golondrinas, es el lugar por donde entra la primavera". De inmediato empezó a pensar en la gente que ahí vivía, y se dibujó en su rostro una gran sonrisa. Holil también reía con los bigotes embarrados de tamal, mientras su perro lamía la hoja de plátano.

-Me da mucho gusto que sepas en que lugar te encuentras, también quiero decirte que eres una persona afortunada, por que éste es el sitio de los elegidos de Dios, los Mazehualob y ésta fue la gente que habitó San Gervasio en el pasado.

Los Mazehualob vivieron aquí, eran muy sabios y conocían la regla de los cuatro rumbos, ellos son los hombres que construyeron San Gervasio, esta ciudad en la que ahora te encuentras tenía también cuatro entradas para visitar a las deidades del Oriente, aquí venían comerciantes de muchas partes a traer ofrendas a los dioses de este sitio, también venían las parejas que deseaban tener hijos, y las que buscaban la gracia del amor.

-¿Qué pasó con los Mazehualob? Preguntó Juan intrigado.

En los tiempos antiguos cuando esta tierra era de los Mazehualob, no se conocía a los blancos, ni a

ninguna otra raza de hombres, la gente sólo se ocupaba de servir a sus dioses y cultivar la tierra. Fue en esa época que vinieron los tres primeros blancos a vivir a la ciudad de Tulum; como eran pocos, el Rey de ese lugar no le dió importancia, por su parte sus hijas se enamoraron de los extranjeros en secreto, pero con el tiempo las princesas quedaron embarazadas y el secreto no se pudo guardar. El Rey muy enojado expulsó a los extranjeros, pero luego de un tiempo los blancos volvieron en gran número e invadieron la tierra de los Mazehualob; algunos Príncipes y Princesas hicieron alianza con los extranjeros. Ante esta traición el Rey resolvió emigrar hacia el oriente para formar otro reino que se encuentra bajo la tierra.

Antes de emigrar, el Rey anunció que estaría pendiente de la conducta de los Mazehualob, sin importar que su gente se aliara con los extranjeros, pero que sólo regresaría cuando supiesen leer los jeroglíficos antiguos, entonces reinaría entre los suyos como antes, y les enseñaría la forma de seguir los designios de Dios y de continuar con la grandeza de su Reino.

Juan estaba callado, no tenía palabras para expresar lo que sentía, imaginaba a los hombres de esa época y recordó los jeroglíficos que había visto en el museo y sintió gran curiosidad por entenderlos, pero de alguna forma ahora sabía más cosas sobre su pueblo, le dió gusto vivir en ese lugar y supo que cuando tuviera un bigote como el de Holil, tendría que saber más de los Mazehualob y de la forma de vivir en armonía con la tierra.

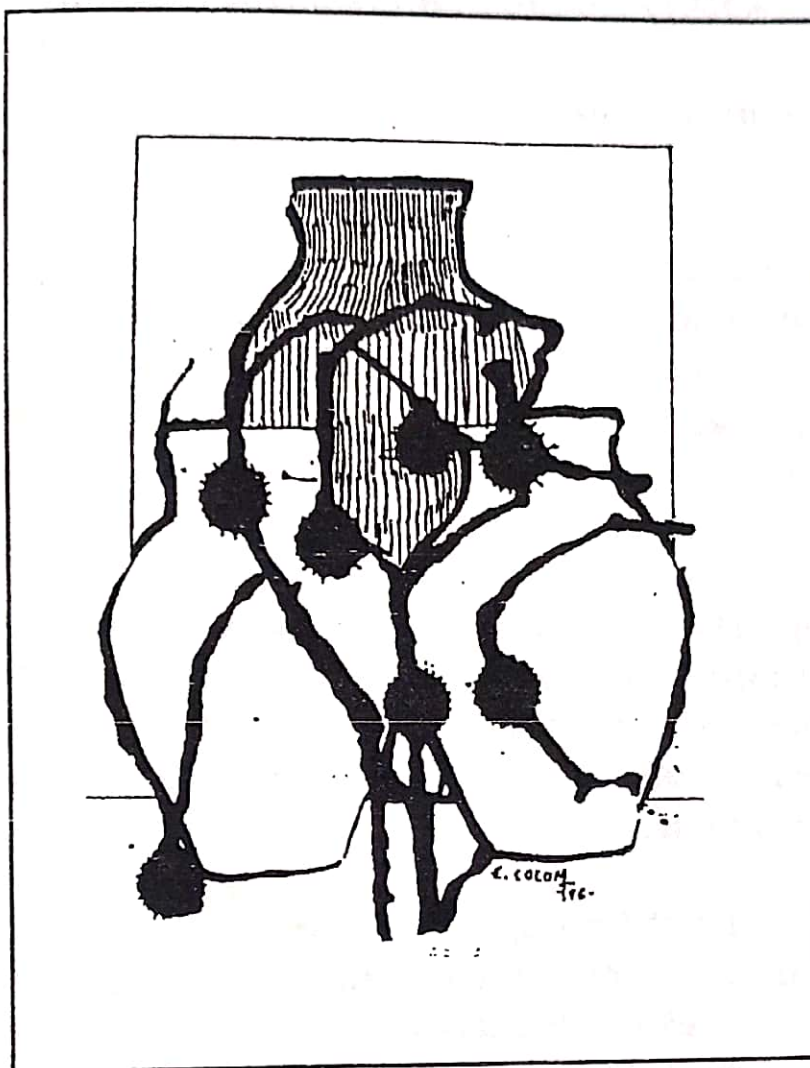
Por su parte Holil había terminado de comer los tamales y se disponía a marcharse, limpiando sus bigotes, mientras su perro movía la cola.

Quiero decirte, Juan que estoy muy contento de

que me hayas escuchado y de que hayas compartido estos deliciosos tamales conmigo y como muestra de mi agradecimiento te regalaré a Chac-pek, no tienes que preocuparte por cuidarlo, pues él te cuidará a ti, tampoco tienes que darle de comer, pues él sabe buscar su comida. Una vez que me haya marchado ya no podrás ver a Chac-pek pero si pones atención siempre lo encontrarás delante de ti y si sigues sus pasos nunca estarás perdido. Por último debo decirte que los Mazehualob, siempre han tenido buenas relaciones con sus Dioses, pues donde quiera que ellos van, siempre están vigilados por una cruz y por eso tú debes hacer una reverencia a los cuatro vientos cuando salgas de este lugar, yo estaré aquí siempre que quieras saber más sobre los elegidos de Dios, y para ello solo tienes que seguir a Chac-pek, él sabe dónde buscarme.

Holil se levantó, tomó su escopeta y comenzó a caminar peinando sus bigotes, por su parte Chac-pek caminó delante de Juan hasta que estuvieron frente al museo donde también se encontraban sus compañeros. Allí Juan hizo una reverencia a los cuatro puntos cardinales y apartir de ese momento dejó de ver a su nuevo amigo, pero muy claramente podía escuchar sus pasos delante de los suyos.

Al subir al camión el chofer bigotón le saludó y le hizo recordar a su padre que siempre se levantaba más temprano que él y se sintió muy contento de vivir en Cozumel, el punto más al este de todo México, la tierra de los Mazehualob.



Una piña para Arcadio

Ángel Pavía Solís
Segundo Lugar

UNA PIÑA PARA ARCADIO

Ángel Pavía Solís

Cosechando triunfos dentro del folklore yucateco, Arcadio no se daba mucho tiempo para descansar. Acompañado del grupo músico regional Los Aires del Mayab, en todos los pueblos de fiesta regional, el Alux Jaranero era la principal atracción en toda el área de la península yucateca.

En la creciente isla de Cozumel, habían llegado los rumores de las grandes hazañas del pequeño bailarín y en vísperas de una festividad tan importante como lo era la tradicional fiesta del pequeño poblado del Cedral, se dieron al árduo trabajo de localizar a la leyenda de la jarana y poeta de las bombas de la región.

La familia Cárdenas, siguiendo la tradición que les legara Don Casimiro, habían optado para que dentro de las festividades de la Santa Cruz, participara el pequeño jaranero que hacía malabares con botellas, vasos y charolas en la cabeza, al ritmo de 3x4 y 6x8 sobre un pequeño almud. Era un interesante atractivo para los que acudieran a esta celebración.

El pailebote "Fernando" zarpó en la madrugada hacia una nueva aventura digna de los grandes exploradores, con dirección hacia la Isla de Mujeres, primera escala en su travesía. A bordo se encontraba el encargado de ir a localizar al Alux Jaranero, el Sr. Armando Cárdenas, descendiente directo de Don Casimiro. Permanecieron aproximadamente tres horas en el embarcadero de Isla Mujeres. Después de haber cargado combustible y

abordado a una tercia de pasajeros, continuaron con destino a la pequeña ínsula de Contoy, en donde sólo haría una breve escala para recoger la correspondencia y los reportes del guardafaros. En el segundo día de viaje, la embarcación fue embestida por un ligero "norte" que azotó las costas de la península ya entrada la tarde. Los pasajeros preocupados demandaron al Capitán si se corría algún peligro; a lo que él repuso que era un temporal muy moderado y que no se corría riesgo alguno, pero que de todos modos solicitaría a las guardias costeras de tierra firme, informes correspondientes al mal tiempo para que ellos estuvieran tranquilos; él ya había decidido tomar ruta hacia la isla de Hol-box y pasar ahí la noche, continuando el viaje al día siguiente para aprovechar la luz del día.

Y así fue, el "Fernando" zarpó de Hol-Box a temprana hora de la madrugada, cuando los primeros fulgores del amanecer se mostraron en el oriente. Varios de los pasajeros, aprovecharon la travesía paralela a las costas yucatecas para arrojar cordeles y probar suerte en el arte de la pesca, arte que se practicaba mucho por las costas orientales de la península y muy en especial en Isla Mujeres y Cozumel. Don Armando, fue invitado por uno de los pasajeros que había abordado en Isla Mujeres, pero era tanta su preocupación de localizar al joven Arcadio a su llegada, que prefirió seguir meditando sobre el caso y no descuidar esa tarea que tanto le encargaron sus familiares. Al estar ocultándose el sol por el horizonte, uno de los marineros exclamó: ¡Puerto a la vista!; apenas se lograba distinguir en medio de la bruma marina, el pequeño destello de la lámpara de queroseno del faro de Chicxulub, Yucatán, destino final del "Fer-

nando". Un suspiro de tranquilidad recorrió la cubierta de la embarcación por parte de sus pasajeros. Era como ver un nuevo amanecer después de tres días de travesía. Minutos después, la gente se arremolinaba en el pequeño muelle de madera para recibir con curiosidad a los "argonautas" que viajaban a bordo. Don Armando de inmediato desembarcó dándole las gracias al capitán por tan increíble aventura.

Eran casi las ocho de la noche, cuando se le iluminaron los ojos a Don Armando. ¿Motivo?, frente a él descubrió un cartel ligeramente iluminado por una lámpara de petróleo, el cual invitaba a todos los pobladores a las fiestas del santo patrono del puerto que esa noche llegaba a su fin. No había terminado de leer, cuando se escucharon las campanas de la iglesia, el tronar de varios voladores y la banda acompañando a las mestizas del pueblo que participarían en la tradicional vaquería y que salían de la casa mayor con destino al parque central del poblado, en donde iniciarían el baile. Lo más emocionante para Don Armando, fue que esa noche se presentaba la gran orquesta jaranera Los Aires del Mayab, con su principal atractivo: Arcadio Dzul e Iturralde, más conocido con el sobrenombre del Alux Jaranero, debido a su corta estatura, piel morena, pelo corto y parado, así como su vestimenta de Huinic y su gran habilidad en la jarana. Después de celebrarse una gran misa, los feligreses se dieron cita alrededor de la bien adaptada pista que se localizaba a un costado de la monumental plaza de toros hecha con palos y bejucos, donde horas antes celebraron la corrida oficial de la fiesta.

La música dió inicio, y como tradicionalmente era la costumbre, el baile de la cabeza de cochino.

Entre los bailarines con su charola adornada con pan y banderitas multicolores de papel, ¡ahí estaba!; Arcadio lucía hermosa filipina con abotonadura de oro, que brillaba ante las pequeñas lámparas que iluminaban la pista. Lo sorprendente era que nunca utilizaba las manos para llevar la charola hecha de madera sobre su cabeza. Era gala de equilibrio, baile y simpatía entre los habitantes del pequeño puerto. Y así dió inicio la vaquería, y en medio del escenario, el Alux Jaranero demostró sus grandes habilidades; sus famosas bombas eran la hilaridad entre la gente. Cada vez que había una pausa, le reclamaban una y otra vez al grito de ¡Bomba!, sus aptitudes de casi poeta:

Linda mujer de este puerto...

bailar siempre contigo quisiera...

pero si tu marido nos viera...

seguro me deja un ojo tuerto.

Todos exclamaban al unísono ¡Bravo! y la música continuaba. Don Armando no supo cuanto tiempo pasó, pero después de haber participado en la vaquería se apersonó al pequeñín y a la orquesta, para comunicarles la inquietud que existía por parte de su familia de hacer gala con su presencia en las festividades del Cedral, en la bella isla de Cozumel. Arcadio no dudó un solo instante ya que había escuchado de sus ancestros acerca de la legendaria "Cuzum Luum 'Il": Tierra de Golondrinas y santuario de la gran diosa de la fertilidad: X'chel, y de inmediato aceptó. A Don Saturnino Caamal, director de la orquesta, se le vió una gran sonrisa ya que como oriundo del puerto de Celestún, en su niñez disfrutó mucho del mar en compañía de

su padre y también estuvo en total acuerdo. Después de explicarles de qué se trataba, Don Armando platicó con el capitán del pailebote, e informándole que su búsqueda no fue difícil, llegaron al acuerdo de que zarparían a medio día hacia Cozumel. Corrían más o menos los últimos días del mes de Abril, cuando todos embarcaron con rumbo a la bella isla. Después de sus escalas para el desembarque de mercancía y correo, dos horas antes de la llegada al muelle del poblado de San Miguel, el capitán logró comunicarse para informar que a bordo llegaría la leyenda del Alux Jaranero y los integrantes de los Aires del Mayab. En cuanto tomó su ruta final a la altura de la playa Santa Pilar, se empezaron a escuchar los estruendos de los voladores en señal de la llegada, no solo del barco, sino de los que engalarían la gran fiesta de la Santa Cruz. Don Saturnino, de inmediato dió la orden a sus músicos y comenzaron a tocar una alegre pieza de ritmo 6x8. Arcadio, que se encontraba dormido por el efecto del mareo, se incorporó con la música y no dió crédito a lo que veía: un mar exquisitamente lleno de tonalidades de azul, una vegetación que perdía su verdor en el reflejo y a lo lejos, una franja de casas, palmeras y la gente en el muelle. Sus pensamientos se remontaron a las historias de sus familiares y solo dejó escapar una lágrima por la emoción de estar en el Santuario de la que él consideraba casi una madre.

Sin dejar su emoción, Arcadio bailó sobre la cubierta del barco, tal como si estuviera un poco afectado por el Balché, bebida sagrada de los mayas, a causa del vaivén producido por las olas. Para asombro de todos, cual "Simbad el Marino", subió por una de las cuerdas que sostenían el palo mayor con

gran agilidad, para después continuar bailando al ritmo de la orquesta, sobre el cajón de madera que resguardaba la luz verdi-azul de navegación del pailebote. La gente aplaudía a la llegada del barco; todos estaban ya de fiesta antes de iniciar la gran celebración del 3 de Mayo. El chaparrito fue abordado por los chiquillos que curiosos acudieron al ruido de los voladores, y más por que vieron al oriundo de la hacienda X'Totoil, Yucatán, bailar con pericia sobre el barco. A los dos días de su llegada, los artistas prepararon todo su instrumental, y por la mañana del 1° de Mayo, una pequeña embarcación a vela los llevó hasta la playa conocida como el paso del Cedral; la risa no se dejó esperar cuando al desembarcar Arcadio resbaló por la baranda, cayendo al agua. Él sin inmutarse, solo respondió:

El alux quiso malabarear...

sin pensar en equilibrio...

pero al vertanto brío...

mojado quedó en el mar.

Sus compañeros gritaron en coro ¡Bravo!. En la playa los esperaban miembros de la familia Cárdenas para echarles la mano en su larga caminata hasta el poblado. Después de casi dos horas de camino llevando a cuestras timbales, clarinetes, trompetas y saxofón, los artistas quedaron fascinados por el misterio, colorido y calor humano que existía en el Cedral. Desde luego que a su llegada, se les ofreció de inmediato una gran comida de pavo en relleno negro; Arcadio en plan de broma, repuso: "si sigo comiendo esto, voy a quedarlo más negro"; los testigos soltaron la carcajada por el comentario del Alux Jaranero.

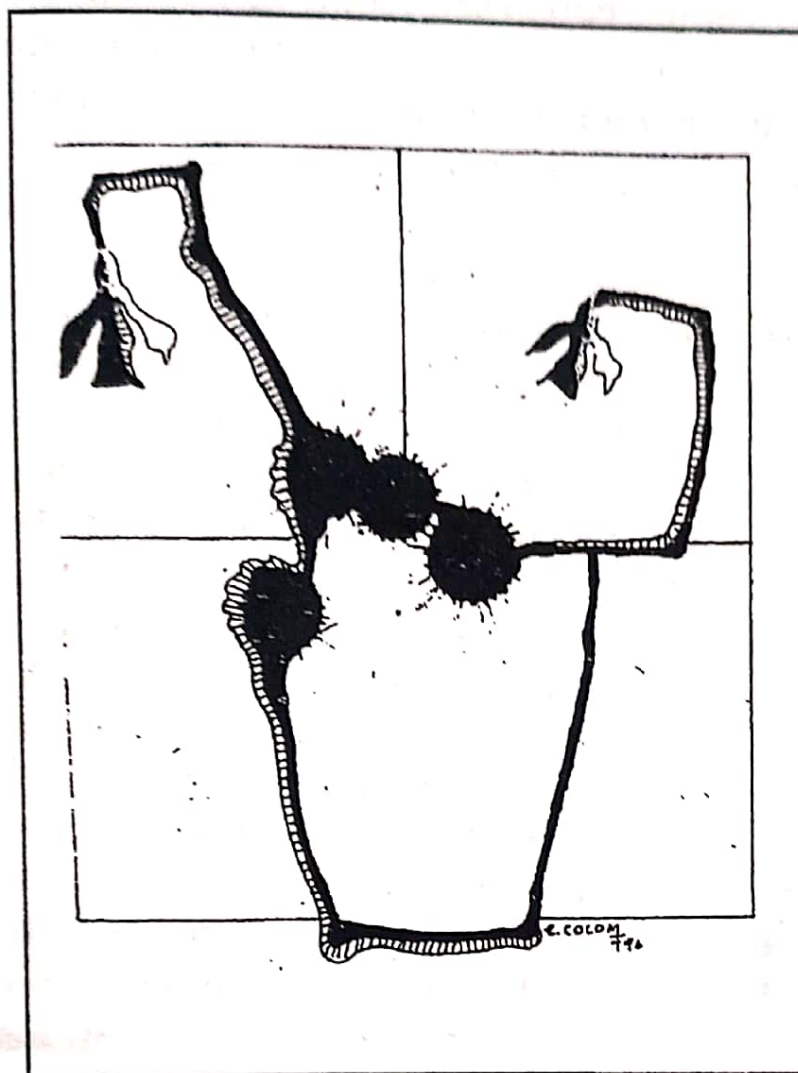
Se les proporcionó una pequeña cabaña de madera en las cercanías del pequeño templo edificado para el resguardo de la Santa Cruz que Don Casimiro había atribuido como su gran salvadora, años atrás. Al filo del medio día del 2 de Mayo, al finalizar los rezos del rosario por parte de las señoras, la orquesta estaba dispuesta a dar inicio a su segunda jornada de fiesta. Algunos vecinos los habían invitado a que después de su intervención musical los visitaran para convivir de los manjares que prepararon con mucha paciencia y alegría. El pequeño bailarín, de buen diente, no lo pensó dos veces y abandonó a la orquesta para disfrutar de tan ricos manjares. En una de las casas, Arcadio quedó estupefacto por lo que descubrió en la pequeña parcela de la familia: ¡una hermosa y muy amarilla piña!, su fruta preferida. No considerando las consecuencias, se dirigió a ella, blandiendo un machete y haciendo alarde de destreza, la desgajó, la tomó en sus brazos y casi la arrulló como a un bebé. Los dueños de la casa, no salían de su asombro y se preguntaban: ¿qué tendrá el chaparrito?.

Don Armando, quien había hecho la proeza de llevarlos a Cozumel, interpuso: ¿Qué sucede Arcadio, te sientes bien?; el párvulo artista sólo respondió: -La fruta que más adoro y no sabía que existía en estas tierras-. Con un suspiro de alivio, todos quedaron más tranquilos. Se le explicó en forma breve, que en Cozumel y sobre todo en el área del Cedral, se daban las piñas casi en forma natural y que era uno de los orgullos de la región. Después de destroncar la tan apreciada fruta, el Alux Jaramero se dió rienda suelta a comérsela. Muy satisfecho y agradecido, se retiró para continuar

con sus bailes con la orquesta. El 3 de mayo, día de la gran celebración, el chaparrito se presentó con su traje de gala como lo hiciera días antes en el puerto de Chicxulub. La esposa de Don Armando, le ofreció una jicara conteniendo un poco de tepache elaborado ahí mismo. El bailarín, a falta del Balché, empinó el codo para saborear gota a gota la refrescante bebida de su fruta predilecta. Alrededor de las dos de la tarde, el mayoral del poblado dió la orden y así iniciaron la tradicional danza de la cabeza del cochino. Para sorpresa de todos, El Alux Jaranero, no bailó con su bandeja por que se la cambió a la esposa de Don Armando, por una hermosa y gran piña, que sin destroncarla, hizo alarde de sus habilidades llevándosela a la cabeza y bailando con todos los participantes. Al final de la danza, dió inicio la gran vaquería y todos se pusieron a bailar y a seguir las pericias de Arcadio, quien bailaba sobre un almud que le ofreciera Don Armando, pero sin dejar de equilibrar la monumental piña. La orquesta detuvo la música y la gente gritó: ¡Bomba!, a lo que el rollizo bailarín respondió:

*Disfrutado he, bastante este día...
mi corazón bailó con una hermosa niña...
a ella que me regaló esta gran piña...
sólo le digo que me iré del Cedral,
[con mucha alegría.*

Y por supuesto que la gente aclamó: ¡Bravo!. Arcadio y la orquesta, permanecieron unos días más en el Cedral, no solo por el tan merecido descanso que habían esperado por mucho tiempo, si no por la magia que encierra este lugar de fiesta y tradición popular para todos los Cozumelcños.



Remembranzas

Jesús Benavides Andrade
Tercer Lugar

REMEMBRANZAS

Jesús Benavides Andrade

Qué ironía del destino, ahora Tirso se encontraba preso en una pequeña cápsula plateada, él que siempre amó la libertad y desde pequeño hizo evidente su apego al mar. No podía realizar ningún movimiento, permanecería quieto como roca de arrecife hasta que alguien más decidiera su futuro. Lo único que en él tenía movilidad era su mente y prefirió trasladarla hacia las memorias. Recordaba claramente la ocasión en que junto con su inseparable amigo Pocho, allá mar adentro, frente a la Isla de la Pasión, quedaron a la deriva después de una inmersión al ser abandonados por su capitán, quien perdió el rastro de su burbuja. Fueron horas difíciles, pero no tan desesperantes; allá estaba rodeado de la inmensidad del mar y el infinito del cielo, aquí sólo de metal...

Los dos buzos abandonaron sus arreos de trabajo y emprendieron una larga ruta hacia su salvación. En el pueblo, las tripulaciones disponibles salieron a peinar el norte dejando a la suerte calcular el rumbo exacto para localizar a aquellos hombres, pero quien conocía a Tirso sabía que a pesar de las horas transcurridas estarían con vida en algún sitio.

Mientras vencían al azul desierto Tirso pensaba que no estaba tan solo como cuando también en compañía de Pocho, además de Manuel Polanco, Miguel Becerra y aquel capitán beliceño y su motorista, un negro jamaquino, habían zozobrado en el Golfo de México al traer un viejo navío de



madera de Cayo Hueso, el "Tropic Breeze", saliendo de Tampa con destino a Cozumel.

Permanecieron varios días lejos de todo, con tiempo de sobra para conocerse verdaderamente, aunque los hombres de mar siempre son auténticos, sin embargo, todos ratificaron que el apego que Tirso tenía a la vida no era sino un gran desprecio a la muerte a quien en forma de sirena ya había visto de frente más de una vez, probablemente nunca tan fijo como el día en que, con Pocho, su compañero de mil aventuras, buceaban a más de sesenta pies y habiendo arponeado una buena tanda de Escochines, Abadejos y Chacchíes, además de recolectar algunas langostas que serían la delicia del turismo que aguardaba a bordo del "Galeón", embarcación fondeada esta ocasión sobre la cordillera de Palancar, la sangre que manaba de sus presas atrajo la atención de una enorme cornuda...

Ahora Tirso recordaba que esta vez Pipo y él habían bajado mucho más, tal vez hasta ciento veinte pies en busca de coral negro, concentrándose tanto en un ejemplar excepcional que no se percataron del tiempo transcurrido hasta observar el vertiginoso viaje que emprendía hacia el cielo aquel chaleco que inflaron para poder extraer su tesoro.

La escalada hacia la superficie debía hacerse con la habilidad y el conocimiento que sólo se adquiere con la experiencia de múltiples zambullidas, sin embargo probablemente por la emoción que representaba al vencer al océano, Pipo se olvidó que el aire allá abajo tenía un límite.

Para Tirso, ya en la superficie, los minutos eran eternos. Sintió como antes el leve canto de su sirena y sin pensarlo se apresuró a pedir al

buen Tamborino, quien asistía la maniobra, un tanque adicional para regresar por su camarada, retorno aún más peligroso y eso lo sabía perfectamente, pero, impulsado por ese espíritu misterioso que lo caracterizaba, no dudó en bajar con el hilo de vida imprescindible para resucitar a quien sabía aguardaba con fé ciega...

Juntos en una balsa, pero con algunos víveres y agua rescatados, los siete impávidos naufragos observaban con resignación y al amparo de la luna cómo un negro remolino traído por el "Norte" se tragaba de un bocado la vieja embarcación junto con los enseres y aparatos adquiridos en una tienda de segundas para suministro de sus hogares, pero lo que realmente importaba en ese momento era el nublado mensaje de auxilio enviado por la casi obsoleta radio del bote indicando su última posición segundos antes de que el viejo navío en agonía de cuatro horas, muriera como muere todo anciano.

El que su llamada de auxilio tuviera algún destinatario o que los escasos víveres duraran hasta la posibilidad de un rescate o recalada ocupaba el pensamiento de todos los naufragos, excepto de Tirso, quien veía con indiferencia a su cauta compañera coqueteando nuevamente con él...

Al avistar al enorme animal Tirso y Pocho se olvidaron de su pesca, se ocultaron en un escondrijo de arrecifes y esperaron el momento oportuno para emerger inadvertidos, pero para los agudos sentidos de la cornuda no existe el sigilo y fueron sorprendidos en la superficie aún lejos del "Galeón". En la primera arremetida del animal los buzos usaron su equipo como señuelo y mientras nadaban a su máxima velocidad sentían cómo los tanques

eran mellados por filosas sierras. Con movimientos desesperados, Pocho logró llegar al bote asido por múltiples manos desde la cubierta, mientras una nueva acometida se cernía sobre Tirso, quien, recordando las pláticas entre marinos sacó de la funda de su tobillo un gran cuchillo con el que asestó un certero golpe a la nariz del escualo que salió con veloz desconcierto, momento que fue aprovechado por él para salir de su líquida trampa. Reiterando su instinto feroz, el tiburón volvió a atacar, esta vez arremetiendo en contra de la embarcación turística, dentro de la cual yacían desmayadas varias damas extranjeras, encontrándose otros pasajeros al borde de la histeria, mientras la mayoría de ellos aplaudía el arrojo de los hombres que consideraron parte del excitante espectáculo en su travesía por el Caribe...

La balsa de tres metros de eslora había permanecido interminables jornadas de racionamientos y plegarias a la deriva, durante las cuales ya se habían agotado las anécdotas para compartir y las promesas para el Dios que casi podía escucharse. Unicamente Tirso percibía el melodioso susurro de la muerte, tal vez por ser familiar a sus oídos.

Conversando ahora sobre el cómo mejorar si es que el destino decidía darles otra oportunidad para vivir, el grupo fue sorprendido por una visión para ellos divina. Durante el cuarto día de su viaje en balsa y a cinco de haber visto tierra por última vez, apareció de la nada el "Cheerelinh", barco carguero con casco metálico que hacía la conexión de Miami a Veracruz y que al escuchar su turbio llamado de auxilio decidió escudriñar en la zona.

Cada uno de los marinos fue recibido a bordo de la nave con una botella de whisky y el regocijo de

toda la tripulación en su mayoría compuesta por mexicanos. Desviándose de su ruta, el "Cheereligh" atracó en Progreso, Puerto en donde, sabida la noticia y comunicada a Cozumel, ya esperaban amigos y parientes. A Tirso solamente lo despidió una sirena bajo el malecón, como si ella supiera que era al mar a donde pertenecía...

Aquella ocasión Pocho y Tirso decidieron no esperar, no hablaron ni cruzaron miradas, simplemente nadaron incansables tratando de alcanzar cualquier porción de Tierra. También esa vez una nave solitaria arrebató a Tirso de los brazos de su destino...

Pipo sentía el agobio del último aliento de su propio aire, no teniendo más remedio que apresurar su escalada a la superficie, pero una silueta que se aproximaba lo detuvo en su fatal carrera ofreciéndole como el regalo que sólo un verdadero amigo puede dar, la propia vida. Emergiendo juntos al momento exacto en que Pipo comenzaba a sentir los efectos de la descompresión, fueron conducidos al Hospital Local, pero se decidió a su arribo que fuera Tirso Cárdenas, aparentemente en buenas condiciones de salud, quien tomara el primer turno en la pequeña cámara. Una sensación recorrió su piel, como cuando durante aquél huracán su embarcación se refugió en el río Hondo y pudo observar sus apacibles aguas en ebullición.

Que ironía del destino, él que siempre amó la libertad... algunos dicen que una sirena vino por Tirso para cantarle eternamente su bella melodía, pero sólo yo sé, al ver sus miradas, que su espíritu aún vive en los verdaderos marinos de Cozumel.



Coral negro

Francisco Contreras Rodríguez
Mención Especial

CORAL NEGRO

Francisco Contreras Rodríguez

Sobre las playas del puerto de San Miguel, está cayendo la lluvia. Una llovizna ligera, extraña para estas latitudes que sólo saben de aguaceros.

Son las ocho de la noche y a lo lejos, como un fantasma se aleja del puerto un enorme crucero. Una torre de Babel flotante. Tripulantes filipinos, ingleses, colombianos, noruegos, panameños, italianos, griegos, indonesios, mezclan idiomas y sudor, risotadas y hasta canciones de pueblos escondidos en la oscuridad de los continentes. Sus voces se escuchan intermitentes con el rumor de las olas.

En el muelle fiscal, un ferry termina de ser amarrado al muelle. Cientos de personas bajan atropelladamente por las escalerillas metálicas, puentes colgantes en el vaivén del oleaje. Algunos se dirigen al área de reclamo de equipajes, mientras los que viajan ligeros se alejan de la bulla en dirección al pueblo. Una gran cantidad de vendedores ambulantes ofrecen sus servicios mostrando carpetas plásticas con desgastadas fotos de motonetas, autos compactos o lanchas con fondo de cristal. Hablan en inglés y eso le suena extraño a René, quien regresa a la isla después de 15 años de ausencia.

-“Island Tours! Scooters for rent!”

Los gritos aumentan con la cantidad de turistas caminando en tropel hacia el parque.

-“Scuba Diving! Palancar Reef!”

PALANCAR... Esa palabra tiene un significado secreto de los años de su juventud en la isla, antes

de partir al extranjero en un barco de carga.

René fue buzo desde que nació. Tal vez antes. Su abuela, que era la "abuela" de todos, la comadrona del pueblo, lo recibió al nacer. Después de cortar su tuch con el filo de un machete, lo arrojó al mar esa misma noche para que lo devoraran los peces. Esto lo protegería para toda la vida contra los peligros del mar.

Lo bautizaron en la caletita sumergiéndolo en las transparentes aguas. La sal irritó sus ojos y lo hizo llorar, pero no tragó agua. Pronto aprendió a nadar y a sumergirse sin dificultad siguiendo los manchones de sardinas en las cuevas de Chancanaab. Fue allí donde lo vió Ramón Zapata y a los 12 años de edad lo introdujo al silencioso mundo submarino. Ramón era un pionero del buceo en Cozumel, y después de participar como simple ayudante de cubierta de la expedición en que Cousteau le descubrió Palancar al mundo, se dedicó a explorar el sistema de túneles y cuevas que se escondían bajo el pequeño mar. Ramón Zapata vivía para bucear y le inculcó a René la misma afición por el universo ingrátido oculto bajo las olas.

Las profundidades de los arrecifes guardan distintos tesoros. Uno de ellos es el coral negro. Hermosas ramas como ceibas marinas crecen en las paredes verticales a más de 50 metros de la superficie. Bajar a cosecharlas es jugarse la vida, y...?

Y qué más hay que hacer para un muchacho que ama la aventura y la vida en el mar. Jugársela. René baja con un solo tanque de aire comprimido en su espalda, sumergiéndose a gran velocidad para ganar tiempo de fondo. Sus oídos no le molestan y con soplar ligeramente en el visor logra compensar

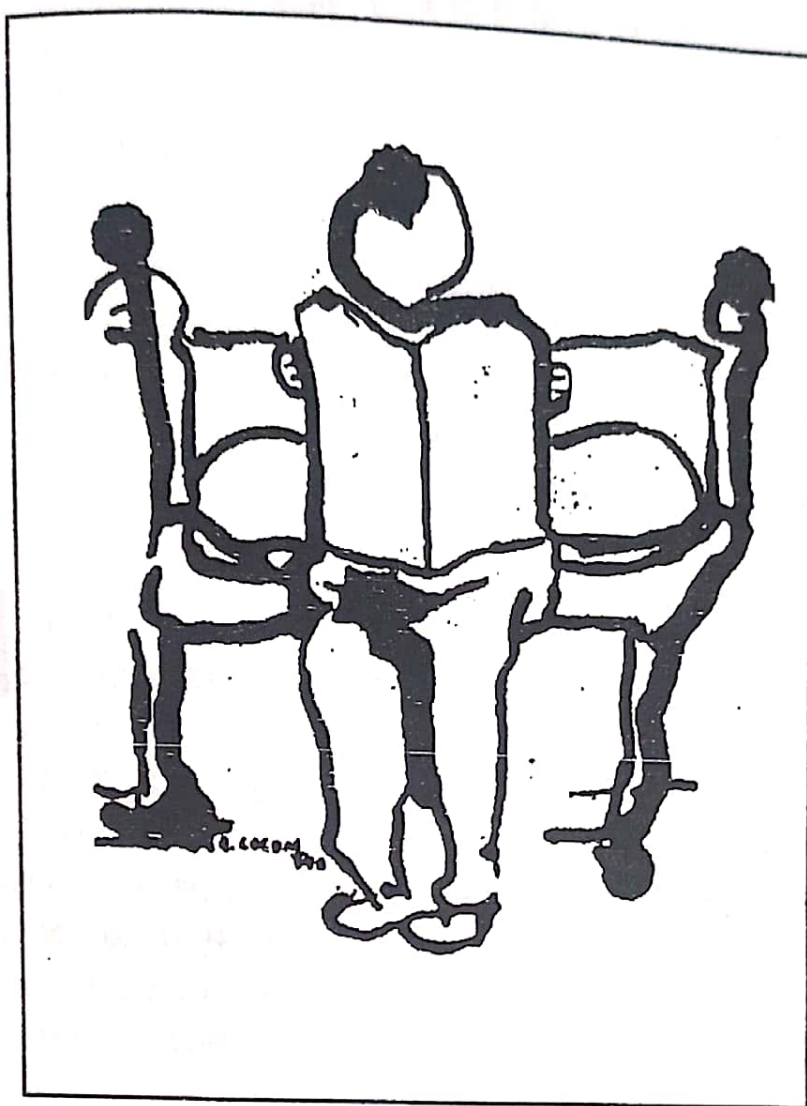
los incrementos de la presión externa. Pataleando con todas sus fuerzas se dirige al cantil. Al llegar a los 50 metros se dirige a una zona de cuevas donde sabe que crecen las mejores ramas de coral negro. Ya ha consumido más de la tercera parte de su reserva de aire, cuando encuentra en el techo de la cueva un espécimen del grueso de su brazo. Saca la segueta de la bolsa de malla amarrada a su cintura y sujetando fuertemente el tronco, comienza a cortar con urgencia. La narcosis por acumulación de nitrógeno comienza a hacer estragos en su estado de conciencia, la sangre golpea con fuerza sus sienes y oídos. Con un último esfuerzo desprende la rama y su peso lo hunde hasta el fondo de la cueva. Venciendo el entumecimiento que lo invade, patalea fuertemente hasta lograr salir ascendiendo con lentitud. Simultáneamente amarra una bolsa plástica a la rama de coral negro y con un chorro de aire de su regulador, las manda volando hacia la superficie. Arriba las espera una lancha con tanques de aire de reserva, cuyo patrón al ver boyar la bolsa, los baja allí mismo para que René logre hacer sus paradas de descompresión. Cualquier cosa puede fallar y reclamar su vida, pero no ese día. El pacto de la abuela sigue vigente...

El viento de Abril sopla tibio del Sureste. Los nortes quedaron atrás y al Oriente, la primera luna llena pasado el equinoccio marca el fin de la cuaresma. La noche de su regreso, René camina por el malecón hacia el faro del pueblo, pasando bajo la lluvia multicolor de los letreros luminosos. Son los momentos de bajos contrastes en que el horizonte se tiñe de rosas, naranjas y violetas, acercando los barcos anclados en la rada del puerto.

El faro está oculto tras una nube de polvo,

rodeado de grandes montículos de sascab y arena. Bajo las orugas de las motoconformadoras, el símbolo de los navegantes está pronto a sucumbir. Es el precio del progreso. El faro que soportó tempestades, mientras guiaba a las naves y sus tripulaciones a puerto seguro, es hoy un obstáculo en el camino del desarrollo. Al igual que sus habitantes, las embarcaciones y los edificios de la isla van envejeciendo para desaparecer irremediablemente convertidos en polvo o en ceniza.

Sentado frente al faro, envuelto en el humo del tabaco, René encuentra al viejo Ramón absorto en sus pensamientos. Su rostro es el de un querubín centenario. La frente marcada por tanto fruncir el ceño ante el resplandor del mar y la piel curtida por la brisa marina del atardecer, no ocultan una desbordante jovialidad. El cabello totalmente blanco le recuerda la espuma de las olas al romper en litorales agrestes. Cada arruga cuenta una historia. Un gesto delata el terror de una noche tormentosa lejos del abrigo de la isla, mientras que una sonrisa muestra la alegría de haber sobrevivido, invitando a René a olvidar sus propias tormentas imaginarias.



La carta

Víctor Acevedo Cervera
Mención Especial

LA CARTA

Victor Acevedo Cervera

En Cozumel todo es quintaesencia. Y nuestros mas caros sueños alcanzan vivo resplandor de faro que viaja desde el remoto imperio maya hasta el mundo futurista en las puertas de nuestra... curiosidad en la sutileza de nuestras remembranzas...

Era un día de principios del verano, cuando ya se percibe el olor a hierbas renacientes y salitre, mientras la gente pasea con despreocupación, ligera de ropas, por el ruidoso malecón de la isla. Yo contemplaba el faro cercano y el muelle en construcción, pensando que definitivamente ese esperpento de hierro y piedra cambiaría para siempre la faz de Cozumel. El primer cliente que entró al despacho fue un pequeño de aproximadamente ocho años. Tenía las mejillas trastocadas en fuego por causa del sol y sonreía con cierta ligereza. En cuanto lo vi me acerqué a la ventanilla y le dije: "¡Buenos días, amigo!, ¿quieres mandar una carta a Santa Claus? ¿No? ¿Quizá a tus abuelos?" El chiquillo, un poco nervioso, negó y dijo: "Señor, estoy un poco confundido. Quizás usted pueda ayudarme..., ¿cómo funciona este correo?" Pensemos que resulta muy fácil explicar cómo son las maniobras de nuestro "infalible sistema de comunicaciones", pero en realidad no es cosa de juego. Y tratar de resumir en imágenes el mapa del laberinto de cajeros, oficinistas, mensajeros, cargadores, guardias, servicios expresos, etc, etc, etc,

para que un niño de tan poca edad tuviera una idea aproximada, era en extremo engorroso. "Bueno, exactamente..., ¿qué es lo que quieres saber?", le contesté cualquier cosa para darme tiempo de pensar. El niño se paseó, mirando los nichos de latón llenos de números atestados de correspondencia, y carraspeó con un suave ronroneo: "Pues... en realidad estoy metido en un problema por desobedecer a mis padres y agarrar el tele-transportador portátil de mi hermano mayor." Salté a un lado: "¿El tele... qué?" Interrogándole, un poco asombrado por su imaginación. "El tele-transportador, ¿usted sabe? ¡Esa maquinita que antes se usaba para viajar por el universo sin tener que llevar tanto equipaje!" Contestó muy serio, dudando de que yo entendiera. Sonreí y me acaricié un poco el mentón, pero respondí siguiendo el juego. Después de todo yo también tuve hijos pequeños y sé la clase de historias que cuentan. "¡Ah, sí, claro!. El tele-transportador portátil, el que usaban nuestros abuelos para ir por los planetas." El niño soltó un suspiro y sonrió, contento de que yo entendiera de qué estaba hablando. "¡Sí, ése! Mi hermano colecciona antigüedades..., ¡tiene el multiplicador más viejo que se conoce en el universo! Y no me lo creerá: posee el desatomizador de moléculas vivas y muchas cosas más que deberían estar en un museo." Yo le escuchaba admirado. La facilidad de inventiva del muchacho parecía dotar a cuanto había en derredor de una fosforescencia indescriptible. Ya había tomado confianza y sus ojos negros se movían como si describiera algo archiconocido. Hablaba rápidamente, atropellando las palabras y los términos adquirían la seriedad de un tecnicismo des-acostumbrado. "Bueno, ¿y qué quieres hacer?",

pregunté con el ardid de quien desea descubrir a fondo y disfrutar la apariencia de un nuevo personaje que la vida le pone por delante. Me miró un instante a los ojos. Quiso descubrir mis intenciones y me desarmó. Hizo una pausa cargada de secretos y habló despacio; hasta podría admitir que musitó con algo de súplica: "Quiero comunicar con mis padres para que vengan a buscarme." Se me contrajo el pecho por algo inefable. Continuó: "Temo que si muevo equivocadamente los controles del tele-transportador me desplace hacia otra galaxia más lejana y nunca encuentre a mi familia". "¡Muy sensato de tu parte", contesté sonriendo y sentí por primera vez que aquella mueca que hicieron mis labios eran una manera ridícula de intentar darle ánimos. Me sentí desolado y tonto. Pensé en la posibilidad de que el niño hubiera salido de un crucero sin el consentimiento de los mayores y ahora andaba extraviado por Cozumel. Sacudí la cabeza. Luego ví entrar a dos clientes con varios paquetes en sus manos. Tenía que atenderlos. Pudo más mi olfato de raciocinio y pensé que no podía estar perdiendo demasiado el tiempo, así que le espeté con cierta premura: "Lo único que tienes que hacer es escribir una carta explicando qué sucedió a tus padres y nosotros nos encargaremos de que llegue sin falta hasta tu planeta de origen... en unos pocos días." "¿Unos pocos días? ¿Y mientras...?, ¿qué hago en este planeta en el que no conozco a nadie?" Los clientes se movieron a través de los estantes que recién coloqué para quitarle esa fea austeridad a nuestro correo insular y eligieron unas postales de animales exóticos y cenotes de agua pura. El niño estaba apesadumbrado, me miraba como un venado herido. "Amiguito, -le dije-

eso es asunto tuyo. Aquí sólo mandamos cartas y paquetes a la dirección que escriben en los sobres..., si pagan los portes." Me puse muy serio para que se fuera de una vez y me dejara trabajar. "¿Cuánto cuesta mandar una carta a la galaxia ZUM- 21 planeta ERR-5?" Su cara de preocupación tenía la misma mirada con la que mis nietos pedían que les trajera un brontosaurio vivo hasta el patio de la casa. "Pues por ser la primera vez que vienes a usar nuestro servicio será completamente gratis, ¿qué te parece?", le dije rápidamente, para no dar más explicaciones. "¡Fantástico, porque no tengo dinero de ninguna clase! No quisiera quitarle más su tiempo, pero... ¿me podría ayudar a hacer esa carta que dice que hay que escribir?" Carraspeé. "Bueno, bueno... Te puedo regalar un par de hojas de papel y un sobre, pero tú tendrás que escribirla solo -susurré en confidencia-: no se nos permite a los empleados de Correos inmiscuirnos en los asuntos de los clientes." Guiñé el ojo. El pequeño obedeció. Después dejé de observarlo.

La Oficina Postal se llenó de gente de toda índole. Vi aparecer al niño en la cola de los que compraban timbres. "¡Hola, viajero de las estrellas! Veo que ya terminaste tu mensaje... ¡Bien, como prometí no te costará nada! Ten por seguro que tu carta llegará a su destino lo más rápido posible." Sonreí. Hoy me había agarrado de buen talante. Me entregó el sobre, dándome las gracias. Se fue y ya desde la calle me miró una vez más. Estaba radiante a causa del sol. No me preocupé más y seguí trabajando hasta que finalizó mi turno. Llegó la hora de irme a la casa cuando recordé la carta del pequeño... ¿Qué hacer? Se me ocurrió hacerle una broma a los del departamento de entregas. Le puse

el timbre de mayor valor y la metí en el saco que saldría esa misma noche hacia el centro de repartición, desde Playa del Carmen. No lo estaba engañando a él. Al menos eso pensaba. Por fin salí a la calle y una oleada de gas y perfumes me golpeó el rostro. A lo lejos vi al eterno pelícano, fiel compañero de calma chicha y de ciclones. Los cocoteros de la Avenida Melgar me observaron. Quise gritarles desde la banqueta: "¡No, amigos, ahora no! ¡Estoy viejo y cansado! Hoy no puedo ir a la cantina... He dejado de beber y el mundo se ha olvidado de mí. El corazón, el corazón, amigos...; debo cuidarme..." Las palmeras amarillas y verdes sacudieron sus pencas y unos pájaros errantes sobrevolaron el reloj del parque.

Cinco meses después llegó una caja que venía dirigida a mi nombre. El remitente tenía la dirección de un tal **Sim El**, de la Galaxia ZUM-21 Planeta ERR-5. Recordé lo de mi broma a los de entregas y pensé que ésa era la respuesta. Me reí por unos instantes. Por cautela o quizás por algún inexplicable temor, no abrí el paquete hasta que llegué a mi casa. Ese día fue interminable. La gente vociferaba, otros exigían cartas que jamás llegaron a su destino y yo cobraba penas por culpa de tres millones de carteros. Ya en mi habitación y con sumo cuidado, fui cortando las cintas que sujetaban el envío. Esperaba una broma de confettis, pero al abrirlo encontré un artefacto albugíneo y plata. Debajo de él, una carta:

"XR-9. LOZZ-M-5 (pic) Phan-7/

Estimado amigo terrestre:

Estamos muy agradecidos por la dádiva a nuestro pequeño aventurero y quisiéramos que guar-

dara como recuerdo el tele-transportador portátil que hizo posible que nos diéramos cuenta de que en su planeta existen seres amables. Sería Usted merecedor del respeto de todos los habitantes de éste y de los demás universos. Sería usted, merecedor de la Radiante Alatza. Su isla tiene una posición privilegiada para nuestra ruta y ha ocurrido un encuentro causal. Quisiéramos conocerlo en persona y no a través del Karsitasem. Ahora es muy difícil para nosotros por las obligaciones que impone el radio amiciliar, cuyas fuentes han decrecido por causa del lastre. Aun así, si desea venir a conocernos, sujete el tele-transportador del anillo jalde y oprima dos veces el botón verde. Cuando se prendan quince luces negras oprima el botón rojo y estará con nosotros en unos segundos terrestres. Todo tiempo posee un doblez espacial.

Un viajero:

SIM EL (Amigp agradecido)"

Si ésa era realmente una broma de mis compañeros, habían logrado impresionarme. Tomé con cuidado el artefacto y lo guardé en el cuarto de la palapa trasera, donde arrumbo los juguetes viejos que pertenecieron a mis dos hijos. Lo escondí para que nadie lo viera y me preguntara qué clase de máquina podría ser aquélla. Mis nietos suelen visitarme los fines de semana. Vienen desde Cancún, revuelven todo, se marchan y después retorno a mi soledad. Pensé en los supuestos extraterrestres. Siguiendo el juego tonto les mandé una carta de agradecimiento, prometiendo que alguna vez iría a visitarlos. Cuando la escribí no

pude dejar de reirme, con esa sensación intermedia entre la cordura y la insensatez que llegué a sentir sólo muchos, muchos años atrás, cuando mi padre me llevaba a pescar al Puerto de Abrigo y yo le gastaba bromas hasta hacerle enojar.

Hace quince años llegué a oprimir el botón verde, pero senti tanto miedo que terminé bebiendo y escuchando música del trio Los Panchos, escondido en un rincón de la casa. Hoy cumpli ochenta y seis años y sigo estando solo, no tengo nada que perder y quizá mucho que ganar. Los nietos han crecido bastante y mi hijos apenas si tienen tiempo para una llamada. A veces me gusta fantasear con la idea de que, durante el tiempo que ha transcurrido, mis amigos del más allá de las estrellas posiblemente hayan perfeccionado algún artefacto que me rejuvenezca y pueda comenzar una vida nueva en su planeta. Nadie creerá mi historia, pero quiero pensar que siempre existirá un joven investigador quien, de entre el tejido de anécdotas y recuerdos de Cozumel, quiera saber que la magia del mundo maya todo lo propicia y desee extraer el conocimiento de nuestros sueños insulares. Así que dejo este legajo de papeles en el Museo de la Isla, que es el único sitio donde podemos conservar los misterios de nuestra vida aquí. Es por eso que guardo fé de esto para aquellos que necesitan de alguna certeza para vivir en paz.

*Erick M. Narvaes Tun
Administrador de Correos Sección 3
Cozumel, Edo. Quintana Roo, México
Código Postal 77600*

Índice

LOS BIGOTES DE HOLIL

Alejandro Moreno Peña

UNA PIÑA PARA ARCADIO

Ángel Pavia Solís

REMEMBRANZAS

Jesús Benavides Andrade

CORAL NEGRO

Francisco Contreras Rodríguez

LA CARTA

Víctor Acevedo Cervera



Memorias de una Isla
Literatura Cozumeleña
se terminó de imprimir el 30 de julio de 1998
en Bacalar, Quintana Roo, México.
La edición consta de 250 ejemplares.

1000 19

Salida local
1000
19

SALA L
800
19